

batalla de Novara, tenía un orgullo insoportable, no quería doblegarse á servicios humildes, y á todo el que le dirigía alguna reprensión, le respondía:

—¿Así se habla á un herido?

Después, siempre que estaba algo ebrio, en sus arranques de entusiasmo patriótico se bajaba los pantalones y mostraba su gloria.

El único que alguna vez ponía los pies en la escuela era el alcalde, pero solamente para que constase su presencia; y á proceder así lo estimulaba un sentimiento de rivalidad. Había en un pueblecito contiguo, llamado Stazzella, un alcalde extraordinario, cuyas *gestas* se decantaban en todos los pueblos de la comarca. Era un antiguo oficial de caballería, de familia muy bien acomodada, el cual, después de una juventud de disipación, perdido su patrimonio y expulsado del ejército por deudas, había casado con una señorita rica del pueblo, y sentando la cabeza, consagraba su alma y su fortuna á la vida pública. Tenía ambición, ingenio, modales agradabilísimos; pero su pasado le perjudicaba y le había suscitado muchas envidias su matrimonio; he aquí por qué había sido víctima de una guerra cruel; difamado de mil maneras, sobre todo con una nube de anónimos dirigidos al subgobernador, al gobernador, al administrador de Hacienda, hasta al inspector de Carabineros y al presidente del Consejo de Ministros. Pero él había dominado la tempestad; y conseguido el cargo de alcalde, habíase dado á favorecer la instrucción con un ardor rayano en la monomanía. Había hecho construir un hermoso edificio para escuelas; había aumentado los sueldos á los maestros; establecido para premios libretas de la Caja de Ahorros, fundado una biblioteca ambulante para los alumnos. Casi todas las semanas aparecía en «El Pueblo» la noticia de una nueva mejora introducida por él en las escuelas: ya una donación de carteles para el estudio real objetivo, ya la fundación de un lavadero para los muchachos, ó de un jardín de Froebel; ora una función solemne para reparto de premios, un regalo que el alcalde daba á los profesores, pagándolo de su bolsillo particular. Y todas estas noticias, acompañadas siempre de manifestaciones de gratitud de los

maestros y de elogios colectivos de los administrados. Como es natural, estas glorias de colega tan inmediato inspiraban celos al alcalde señor Lorsa, y más aún desde que los mal intencionados de Camina, habiéndolo echado de ver, habían tomado la costumbre de elogiarle en presencia de Lorsa.

—¿Han oído ustedes? El alcalde de Stazzella ha hecho colocar en la escuela un busto de Víctor Manuel, «á su costa», ¿Han leído ustedes lo que publican los periódicos del alcalde de Stazzella? Ha hecho «á su costa» que estampen en las paredes de las escuelas inscripciones morales, y que se coloquen los retratos de cuatro grandes hombres en todas las clases.

Estas noticias picaban á Lorsa en tales términos, que no se podía contener, y trataba á su colega de charlatán; decía que sus elogios en los periódicos los mandaba poner él mismo; que conducía su pueblo á la ruina por su ambición, recordaba su pasado de jugador y mujeriego, y llamaba irónicamente á Stazzella «el pueblo de los doctores» (los «sabijondos», decía algunas veces). Pero ya fuese por un puntito de remordimiento, ya por una idea vaga, efímera sin embargo, de ponerse él también á realizar algo de vez en cuando, si leía en los periódicos uno de los frecuentes elogios prodigados á su rival, cogía el sombrero é iba á visitar las escuelas, y á que los maestros le viesan.

La noticia de que el alcalde de Stazzella había hecho trazar con colores vivos la topografía del término municipal en las paredes de una escuela, fué la que valió á Emilio Ratti la primera visita de su alcalde, hacia la mitad de Diciembre.

Cuando penetraba en la escuela, de malísimo humor, dió el alcalde un codazo tremendo á un muchacho que, saliendo para una urgencia, le había pisado un pie. Después dijo al maestro que continuara la lección. Emilio, que estaba explicando á los párvulos la aritmética, teniendo en la mano una manzana partida en cuatro porciones iguales, prosiguió:

—¿Qué es lo que ahora he hecho? He dividido por la mitad cada una de las dos partes de la manzana. ¿En cuántas partes he cortado, pues, la manzana? En

cuatro partes. Repetid: en cuatro partes. ¿Cómo llamaremos á cada una de esas cuatro partes? La nombraremos una cuarta parte, ó, si nó, un cuarto de manzana. Reunamos ahora las partes en que hemos dividido la manzana. Como estáis viendo, volvemos á tener nuestra manzana entera. Atención ahora. De las cuatro partes en que ha sido dividida la manzana, tomo una. Aquí está. ¿Qué parte de la manzana he tomado?

El alcalde, que estaba escuchando y tenía una mano sobre los ojos y la otra debajo del codo; descubrió su rostro, dejando ver una expresión de piedad desdenosa hacia aquellas fruslerías de juegos infantiles, enderezados á explicar lo que comprendían todos. Interrumpió la lección para preguntar bruscamente por qué en uno de los primeros bancos había un solo alumno.

El maestro le contestó que los otros faltaban habitualmente, y que los nombres de esos estaban acotados en las listas que ya por «dos veces» había remitido Emilio al alcalde.

Este varió en seguida de conversación, reprendiendo á un niño porque tenía las manos metidas en las mangas.

El maestro le hizo observar, con todo respeto, que hacía mucho frío y que la calefacción era insuficiente.

El alcalde le miró como asombrado y dijo:

—¿Frío con treinta personas en una habitación?

Y volviéndose hacia su hijo, que se hallaba en un banco en el fondo de la clase, le preguntó en tono brusco:

—¿Tienes frío?

El muchacho, después de vacilar un rato, contestó que no.

—Además—siguió diciendo el alcalde,—están muy separados; que se aproximen unos á otros y se calentarán ellos mismos.

Comenzó á mirar en rededor; comprendíase que estaba allí á disgusto; que la atmósfera de aquel lugar le era antipática.

—¡Qué poco limpio está todo esto!—dijo.

—Ya lo veo—respondió el maestro;—sería muy conveniente encargar al ordenanza...

—El ordenanza—interrumpió el alcalde,—sólo está obligado á barrer una vez en cada diez días.

—No basta—dijo Emilio.

Y el alcalde siguió diciendo:

—Una escobada puede darla cualquiera.

El maestro lo miró; Lorsa quiso enmendar el efecto causado, y se apresuró á decir con rudeza:

—Haga usted que barran por turno los discípulos.

—Se hará.

El alcalde volvió á mirar en rededor suyo; después se dirigió á la puerta diciendo:

—Sobre todo... enseñe usted á estos muchachos á respetar y á saludar á quien deben; hay aquí más de uno muy mal educado.

Y salió.

Obedeciendo la orden, el maestro principió al día siguiente á hacer que los alumnos barriesen la escuela por turno, en orden alfabético, con la curiosidad de ver, cuando llegase á la *ele*, cómo se las compondría el hijo del alcalde, que tenía un orgullo filial bastante desarrollado. Pero en la mañana en que le habría correspondido barrer á éste, cuando llegó á la escuela antes que los alumnos, halló el maestro al ordenanza que daba las últimas escobadas. El dependiente municipal, cuando hubo concluido, dejó en un rincón la escoba, y dijo con mal gesto al maestro:

—De hoy en adelante vendré yo...; me lo han mandado.

Y salió refunfuñando:

—¡A un herido!

EL VÍA CRUCIS DE «LA LITERATA»

Después de ésta, el maestro no tuvo más molestias por causa del alcalde, pero le sobrevinieron otras de donde menos las temía: de la maestra señorita Gamelli, de apodo «la Literata», contra la cual continuaba

La novela de un maestro—Tomo II—10

y cercía en el pueblo la persecución de murmuraciones. Para decir verdad, la joven había cometido con las señoras el grave error de haber intentado demostrar con exceso su superioridad literaria; y su tía la jorobadilla, su admiradora de corazón, la perjudicaba inconscientemente dando á leer á todos cualesquiera trabajillos que la maestra publicaba con tres pseudónimos distintos, de flores los tres, en tres periodiquitos diferentes; estimulábala en esta propaganda la mujer del boticario, una desdentadilla venenosa que, fingiendo admiración por la muchacha, desempeñaba dos distintos papeles en la comedia. Esta y otras señoras distintas abrumaban con mil cumplimientos; otras, más orgullosas, habíanse puesto de acuerdo para no dejarla abrir la boca en asuntos de literatura, y lo conseguían con aquella finísima habilidad que las señoras poseen para mantener la conversación á gran distancia, ó separarla, de las materias en que suponen que harían papel desairado.

Tanto hicieron entre todos, las señoras como los caballeros, que acabó la maestra por recelar algo. Había algunas de sus más poéticas frases que eran empleadas, al parecer naturalmente, pero demasiado á menudo por cuantos hablaban con ella; sonrisitas que la joven cogía al vuelo; exclamaciones de admiración excesiva hechas con motivo de alguna singularidad de su traje, y cierta manera extraña con que solían llamarla á que contemplase un paisaje ó una puesta de sol, para reirse de su admiración, un tanto convencional, de la naturaleza, desde que se había sabido que para educar el sentimiento de lo bello en sus alumnas, la maestra las hacía á veces asomarse á la ventana y mirar el efecto de unas nubes ó el horizonte de la campiña, lo cual había parecido extraordinariamente cursi. Entre las señoras, la más encarnizada contra la maestra era la mujer del delegado, á consecuencia de una corrección que ésta se había permitido indicarle sobre el modo de pronunciar la doble *zeda*. Echando de ver, aunque muy confusamente, la burla, la maestra no comprendió bien, como acontece á los que pecan de afectación, de qué defecto suyo se hacía vaya, pero no por eso pareció menos hondamente turbada:

y cuando hasta entonces había creído tener tantas amigas, sintióse de repente en medio de una soledad que la angustiaba. Una amiga natural le había quedado, la maestra señorita Pedani; pero ésta, habiendo advenido en «la Literata» una índole sentimental completamente opuesta á la suya, huía de ella, y más aún desde que supo que su compañera, muy entendida y al corriente de las prescripciones de la moda y de la elegancia, se había manifestado asombrada de que la Pedani le hubiese hecho la primera visita con guantes de hilo, siendo así que las pragmáticas sociales requerían para el caso guantes de piel. Hallándose aislada y humillada en el pueblo, sin que pudiera desahogar con nadie sus amarguras, porque la tía no era sino una sombra suya, sintióse impulsada por un sentimiento amistoso hacia aquel maestro joven, de ojos bondadosos y átentas maneras, en quien no había vuelto á pensar desde el principio, y comenzó á cruzar con él algunas palabras siempre que lo encontraba. Emilio, por de pronto, no recibió impresión muy agradable, porque á la tercera vez que se encontraron le dió ella un soneto para que lo juzgara. Pero después, al mirarla sería desde que echó de ver la mala intención de las gentes, y sobre todo al reconocer que bajo aquel falso barniz literario no faltaban en absoluto ni la bondad, ni el ingenio, le tomó algún cariño, y una noche la defendió en el café contra las burlas de un círculo de contertulios. Súpolo ella, y al hallarle al día siguiente por la calle, fué acompañándolo sin miedo á los curiosos, y desahogó su alma del todo, hablándole resignadamente y con la garganta oprimida.

—Por último, señor Ratti, dígame usted: ¿qué tienen las gentes éstas contra mí? En esto hay algo que no comprendo. No he ofendido á nadie. Se diría que me aborrecen... ¡qué sé yo! que se ríen de mí. Usted debe de saberlo. ¿Qué es lo que dicen? Dígame usted la verdad. No puedo vivir de este modo.

El joven se sintió conmovido, y le tuvo lástima; aquel dolor sincero, expresado con su pronunciación afectada y con gestecillos algo amanerados, le entristeció tanto, cuanto le habrían apenado algunas lágrimas en una careta de seda, de color alegre. En un tris

estuvo que lo dijese todo. Pero ¿cómo entrar en conversación tan delicada sin herirla en lo más profundo del corazón? ¿Cómo decirle: «tiene usted este defecto, corrija usted?...» ¡A una señorita!

Salió del paso con palabras vagas. Eran niñerías; las acostumbradas pequeñeces y murmuraciones ordinarias de las aldeas. Las señoras siempre tienen celos de las maestras jóvenes, sobre todo si eran éstas elegantes y tenían talento. No había que dar á esas cosas importancia alguna... Todo concluiría de un momento á otro.

Pero la maestra, advirtiendo la turbación de su compañero, no le creyó.

—¡Oh, no, no!—le dijo;—aquí hay alguna cosa oculta, especial... Usted no me habla con franqueza. Hábleme usted como hombre caballero y bien nacido. Tiene usted la obligación de ser sincero. Se lo suplico.

Como se hubiesen detenido, en aquel momento de expansión del alma, la joven estrechó la mano derecha del joven, que jugueteaba maquinalmente con la cadencia del reloj.

Casi disponiéndose á contestar se hallaba Emilio, cuando repentinamente arrugó el entrecejo y retiró la mano; al levantar los ojos hacia una ventana había visto relucir entre los tablones de la persiana las miradas de la mujer del delegado.

Entonces repitió, con algún apresuramiento y mostrando indiferencia, lo que ya había dicho; dió seguridades que su actitud desmentía, y saludó muy de prisa á la maestra, que, llenos los ojos de lágrimas, le dijo:

—Le juzgaba distinto.

Y se alejó tristemente.

No habían transcurrido dos días, y ya se aseguraba como cosa cierta en el pueblo que el maestro Ratti y «la Literata» se entendían. La mujer del delegado había visto cómo la maestra se declaraba al maestro, en medio de la calle. Por lo visto «la Literata» era amiga de los procedimientos sumarios. Impusieron muchos la obligación de no perder de vista aquella pareja. La noticia fué dada oficialmente á las amigas, en la

noche misma del descubrimiento por la boticaria, que penetró en el saloncillo exclamando:

—Señoras, señoras: ¡tenemos en perspectiva... una pasión!

ENTUSIASMOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Emilio Ratti despreció aquella chismografía, absorbido como estaba, y cada vez más, con su escuela, por la que sentía una pasión de la cual él mismo solía preguntarse, maravillado, de dónde procedía. Nunca como entonces se había considerado espiritualmente cerca del gran educador de Zurich que, por afinidad de carácter, había sido siempre su predilecto. Oía dentro de su corazón constantemente aquellas hermosas palabras suyas: «Todo lo bueno que había en el corazón de mis niños, lo conocía yo. Mi mano estechaba sus manos; mis ojos leían en sus ojos; confundía yo mis lágrimas con sus lágrimas, y mi vida con su vida. Yo no tenía amigos; no tenía nada, ni aún para comer; tenía solamente á mis queridos discípulos. Rezaba yo, y los enseñaba próximo á su lecho, hasta que se dormían. Aunque estuviesen lejos de mí, yo vivía con ellos.»

Emilio, repitiéndose estas palabras, comprendía, sentía con todas las fuerzas del corazón, que el «formar almas nobles» era la tarea más santa y más gloriosa que el hombre podía realizar en la tierra. Tanto á él como á su insigne maestro sucedía en ocasiones, cuando comenzaba la clase, verse dominado por esa agitación febril que se apodera del artista en el momento del trabajo. Convencido por una larga experiencia de que tanto más fácilmente mantiene el maestro el orden en su clase, cuanto mejor preparado va para explicar la lección, Emilio se preparaba con gran cuidado todos los días. Daba de este modo lecciones sólidas, con unidad, con calor, que obligaban á todos á escucharle

atentamente, y de las cuales salía él contento, como el orador sale después de haber alcanzado un triunfo en la tribuna. Cuando en las breves pausas de sus explicaciones, volviéndose hacia la ventana para contemplar la vastísima llanura, sembrada acá y acullá de campanarios blancos, se imaginaba los centenares de maestros que en aquella misma hora trataban en aquel centenar de pueblos en instruir y en educar á millares de millares de niños, la idea de tener participación en aquella obra gigantesca y beneficiosa hacía que su corazón palpitase de entusiasmo. No ignoraba Emilio que algunos padres de sus alumnos le acusaban de tener excesiva indulgencia, quejándose de que sus hijos, verdaderos diablos en casa, no fuesen castigados nunca en la escuela; pero se consolaba de eso pensando que de Pestalozzi se había dicho lo mismo; que muchos padres de los alumnos de aquel gran maestro ni siquiera lo saludaban, y que algunos hasta le aborrecían. Sabía también el joven que su sistema no era muy del gusto del alcalde, el cual, habiéndole visto cierto día llevar de la mano y hablar cariñosamente á uno de los chicos más traviosos de la clase, habíale dicho al paso: ¿Halagos á ése? *Un toc d'frasso* (una buena vara de fresno). Pero Ratti se hallaba entonces de tal manera seguro de que con la bondad, llevada hasta la dulzura casi angélica, podía conseguirse todo, que ninguna desaprobación le importaba. Visitaba en las casas á los niños enfermos y daba consejos á sus padres, perdonándoles sus groserías. Esmerábase muy especialmente con los discípulos de inteligencia escasa. Vigilaba aún fuera de la escuela á los más díscolos y más traviosos, aprovechando todas las ocasiones que se le presentaban para amonestarles, más con el empeño de un hermano mayor que con el interés de un maestro. Hallábase en un estado de gracia, de inteligencia y de ánimo, que le hacía gratos y fáciles todos los sacrificios. A producir este efecto contribuía también una primavera espléndida, y la hermosura de aquellos sitios despejados, desde donde por todas partes se contemplaban panoramas verdes y azules, ríos de plata lejanos, los Alpes blancos, y donde también por todas partes se aspiraban aromas de fo-

llaje, de flores, de tierra, que despertaban en él el sentimiento fresco de la adolescencia, y con este sentimiento la esperanza de ser algo en el mundo y el propósito de renacer para la vida intelectual. Reanudó efectivamente sus estudios. Retirábase temprano á casa, y después de cruzar algunas palabras con aquel extraño guarda rural, todo pelo, que se pasaba las horas muertas en la puerta de su habitación, inmóvil, pidiendo números á todas las estrellas del firmamento, se encerraba en su cuarto para repasar sus libros y estudiar el francés. Algunas veces, en las altas horas de la noche, oía Emilio la voz vinosa del maestro señor Reale que, pasando por la calle y comprendiendo, al ver la luz, que Ratti estudiaba, solía gritarle con su lengua torpe:

—¡Bravo! ¡Bien por el estudiante! ¡Estudia, estudia todo lo *sabile!*... ¡Ah, loco! ¡Ah, necio!

Pero ni aún esto le turbaba; antes por el contrario, el pensamiento de la enorme diferencia que había entre él y su colega le afirmaba más fuertemente en su propósito. En esta sobreexcitación de todas las mejores facultades de su naturaleza, también se despertó en Emilio el sentimiento religioso, que nunca se había extinguido en su alma completamente; nada se determinaba con precisión en su sentimiento, sino así como una necesidad de tener la mente libre de pensamientos bajos, como para prepararlo á recibir un sentimiento de fe, cuyo concepto no tenía muy claro; una tendencia á meditar largamente de noche, contemplando en silencio aquella llanura inmensa, iluminada por la luna; evocando las imágenes de su madre, de sus hermanos, de sus bienhechores, de su excelente amiga Faustina, que refundía en la única esperanza de otra vida. Llegó hasta buscar la compañía del cura y oportunidad para abrirle su corazón como en una confesión de un hijo á su padre; pero la primera vez que aquel excelente sacerdote adivinó los sentimientos de Emilio, asustado ante la idea de un coloquio elevado y conmovedor, al cual su carácter era refractario, se apresuró á interrumpirle á tiempo, ofreciéndole de beber y comenzando una conversación ligera. Volvió Emilio entonces sus ojos al señor Bruna, con quien había convenido en

comenzar el estudio del latín. Pero comprendió pronto que tampoco podría explayarse con ese presbítero. A las primeras indicaciones que aventuraba el joven sobre el estado de su alma, paraba serio el anciano, oíale con respeto, pero se mostraba siempre reservado y como ajeno á la conversación, limitándose á darle palmaditas en el hombro, y á decirle: «¡Oh! ¡Guapo muchacho! ¡Ah, qué sentimientos tan nobles!...» á fuer de sacerdote inteligente, para quien era indudable que con las frases de ordenanza—las solas que él se hablaba en estado de decirle—antes perturbaría que ayudaría la generación provechosa de pensamientos y de afectos que adivinaba en el alma de aquel joven tan amigo suyo. Pero éste, aún con eso poco se satisfacía. Solamente una cosa trastornaba al joven; es á saber, una sensación más vehemente que, desde la llegada de la primavera, producía en él la maestra señorita Pedani siempre que la veía y la hablaba. Con la florescencia de la nueva estación había adquirido la hermosa joven un esplendor de salud maravilloso, y parecía como si su cuerpo se hubiera puesto todavía más vigoroso y más bello, aún permaneciendo sin alteración alguna su rostro, que no expresaba sino un fuerte y tranquilo sentimiento de su juventud. No era amor lo que aquella mujer despertaba en Emilio, sino una especie de hormigueo de chispazos en su sangre, un torbellino de imágenes tentadoras, cada una de las cuales representaba una forma de la maestra, ó una de sus actitudes, pero ninguna su rostro; estas imágenes cruzaban por la fantasía del joven como relámpagos; á veces hasta en la escuela misma, si la había visto antes de entrar. Y esta efervescencia que Emilio sentía llegó á tal extremo, que cierto día el joven se vendió. Estaba charlando con ella, sobre la próxima llegada del inspector, á la puerta del jardinillo de su casa, y hacía ya algunos minutos que Ratti tenía fijadas sus miradas en la preciosa mano con que su interlocutora cogía y casi dominaba la resistencia de una de las grapas de la cancela, cuando, sin venir á cuento, llegó á sus labios y se escapó de ellos de pronto un cumplimiento adocenado, pueril, estúpido, dejando á Emilio como asombrado de su propia majadería y de

su propia audacia. La maestra lo miró muy atentamente; y como adivinase en el rostro del joven que aquellas palabras no expresaban sólo el capricho de un momento, sino un orden de ideas habituales, acaso un propósito y hasta una esperanza, le contestó con tranquilidad, midiéndole con la vista de arriba abajo: —Haga usted ejercicios gimnásticos de pesas.

OTROS PARIAS

El golpe fué rudo, é hizo temblar á Ratti, durante muchos días, de despecho y de vergüenza; pero produjo el efecto del hierro candente sobre una llaga. El orgullo ofendido sofocó la voz de la sensualidad, y cuando ésta calló, el joven se halló libre. También contribuyó á distraerle de aquel pensamiento la inesperada visita de un colega suyo, maestro en una aldea de la montaña y cuya fama de improvisador de versos en dialecto había llegado á oídos de Emilio desde los primeros meses. Este maestro poeta se presentó por sí mismo á Ratti para suplicarle que le redactara una solicitud de socorro, dirigida al Consejo de Instrucción pública, y fundada sobre tal cúmulo de razones, que sólo para escribir la mitad habriase necesitado un día entero. Era una figura de mago viejo, lleno de cara, bizco y de cabellos grises muy largos; el tal habló á Emilio en idioma italiano, acaso para alejar toda sospecha de que no lo sabía, pero con un vicio extraño de pronunciación que, cuando hablaba con viveza, le hacía variar las letras finales de todas las palabras; decía, por ejemplo: un *negociu malu*, una *salía inesperá*. Díjole que deseaba hacerse redactar su exposición por un maestro joven y reciente en sus estudios, no porque él no supiera escribir, sino porque ahora ya no gustaba la manera de escribir que él había aprendido, por haber variado, como varia todo

en el mundo, el *estilu*, y las autoridades no miraban bien á los que escribían á la manera de antaño. Este pobre hombre tenía un hijo soldado, y en su aldea, para ayudarse ejercía el oficio de alpargatero. Al salir improvisó, como en acción de gracias, un pareado tan lacrimoso, que faltó muy poco para que Ratti echase mano al bolsillo y le diera algunas monedas. Volvió otras varias veces á saludarlo, y un día le presentó á un su colega, más pobre y más extravagante que él todavía, el cual pasaba á Camina para cobrar su asignación: un desdichado que, para poder ir tirando en su aldeilla, desempeñaba juntamente los cargos de maestro de escuela, cartero y secretario de Ayuntamiento de otro lugarejo contiguo; aparte de esto, solía sacar algunas pesetas vendiendo ardillas, en cuya caza era muy diestro; el infeliz vivía en sobresalto constante de perder alguno de sus empleos desde que habían aparecido en un periódico de la provincia dos articulejos escritos contra él, y que se intitulaban: *El maestro ubicuo*, ó *acumulación de sueldos*; de tal modo, que solamente la vista de un diario le entristecía. Por este desdichado supo Emilio que aún había en otra aldeilla un maestro que

«por este cruel menester
de comer y de beber,»

había desempeñado, durante una larga enfermedad del *titular*, el cargo de sepulturero; el hecho se había divulgado en un número del suplemento de «El Pueblo», que él conservaba por los comentarios filosóficos que acompañaban á la noticia. Era ya general el empeño de poner á los pobres maestros en la picota de los periódicos. Precisamente un mes antes, después de haberle dejado en paz por espacio de muchos años, habían escrito una carta contra un maestro sacerdote, viejo ya, reprochándole que echaba á perder á los niños por su excesiva mansedumbre; y aquel artículo, el primero en que durante su larga vida habían hablado de su persona, habíale sacado de sus casillas en tales términos, que desde aquel día había comenzado á repartir en la escuela puntapiés y bofetones á

diestro y á siniestro; los alumnos, en muchos casos, se veían precisados á evitar aquel furor loco arrojándose por las ventanas. Supo de otros, próximos y lejanos, que tocaban juntos la sinfonía de la libranza, con la perfección con que podría hacerlo una orquesta de profesores. Pero uno, cuyo ejemplo contribuyó muy eficazmente á instruir á Ratti y á contentarse con poco, fué una maestra de la aldea de Riocaldo, hasta donde fué el joven un día paseando con el señor Bruna, que había conocido al padre de la maestra aludida cuando desempeñaba el cargo de ujier del tribunal de Alejandría. Habiendo quedado huérfana y sola, y teniendo ya su título, había tornado á su pueblo y había establecido allí una escuela facultativa con el sueldo de doscientas pesetas anuales. Allí la conocían desde niña, y la trataron bien. Era una joven como de veintiocho años, vigorosita, siempre con una cara de pasqua que daba gozo, de una laboriosidad y de un buen humor sin iguales, y ocupaba una habitacioncilla del tamaño de un compartimento de vagón; en una de ellas explicaba á sus discipulillos de ambos sexos, que se sentaban en unas banquetitas groseramente hechas por los aldeanos, y escribían en bancos de desecho de una hostería que había quebrado. La maestra misma explicó al señor Bruna su regocijada pobreza, y ambos cantaron un verdadero dúo de alegría. Para vivir hacía camisas á las campesinas, y las estiraba; las aldeanas, cuando regresaban del molino con la harina del maíz, le regalaban un saquillo (como ellas dicen) de polenta nueva; y cuando hacían el pan, amasaban para ella la «miga gruesa». También ganaba la maestra alguna cosa haciendo esas cofias largas y blancas que suelen llevar las aldeanas en los días solemnes y de gran gala; y en pago de ciertas lecciones de cuentas que daba de tapadillo, á varias personas adultas que deseaban salvar el pudor de su ignorancia, recibía en la época de la vendimia algunas banastas de uvas, con las cuales ella misma se hacía, en una cubeta de la cocina, como obra de medio barril de vinejo, con el cual podía teñir su agua todo el año. Con esto, y con las patatas y los higos que conservaba para el invierno; calentándose un poco, en las horas de más